

El Comercio

EDITORIAL

El Perú necesita partidos sólidos y no improvisados

Al parece que seguimos sin aprender la lección. Ahora, según informa la ONPE, son más de 130 los grupos que han comprado el paquete electoral para recabar firmas y lograr convertirse en partido político.

Claro que finalmente, el número que logre el objetivo será menor (entre julio del 2001 y diciembre del 2005 de 574 movimientos que compraron material solo 37 lograron inscribirse ante el JNE). Sin embargo, eso no disipa el grave problema de fondo: ¿No reparamos en todo lo que hemos padecido por la improvisación y la profusión de partidos, la mayoría de los cuales solo sirven a las ambiciones personales de caudillos o supuestos líderes sin trayectoria democrática ni ética, y menos con vocación de servicio?

Con tal carnaval de agrupaciones que preten-

den llegar al Congreso o a la Presidencia, en el que se mezclan tiros y troyanos, no nos lamentemos después por la calidad de nuestros políticos y parlamentarios. Recordemos asimismo cómo en elecciones pasadas algunos partidos vendían

Cuando nos pidan firmas debemos preguntarnos cuáles son las motivaciones últimas de los promotores de dichos grupos

curules u ofrecían al mejor postor su certificado de vigencia, mientras que otros grupos nuevos hacían alianzas hechas para poder postular.

Tenemos pues que reiterar el llamado a las autoridades, principalmente congresales, para

“Sigue pendiente la tarea de promover la formación cívica y democrática de los peruanos, tanto para entender que sin partidos sólidos y organizados corremos el riesgo de elegir caudillos de última hora, cuanto para considerar que la confrontación de ideas es fundamental en un proceso de alternancia democrática”. EDITORIAL DEL COMERCIO / 20 DE NOVIEMBRE DEL 2006

ajustar la legislación electoral, en lo que ya se ha avanzado con la valla del 4% (por la cual solo siete partidos lograron parlamentarios el 2006).

Por ejemplo, debe evaluarse si el requerimiento del número de firmas es factible, realista y legítimo, pues son recurrentes las denuncias de tráfico de planillones y falsificación de firmas, con grave daño para el sistema democrático y la voluntad ciudadana. En el año 2000, por ejemplo, se dio el caso absurdo y patético de que muchas agrupaciones presentaron más de un millón de adherentes ¡pero no lograron ni 100 mil votos! ¿Y qué decir de la obligación de contar con determinado número de locales y filiales en todo el país, lo que es objeto de toda clase de artimañas?

Atravesamos una delicada coyuntura política que nos demanda responsabilidad. A la hora de que nos soliciten firmas para inscribir partidos,

debemos preguntarnos cuáles son las motivaciones últimas de las cabezas de dichos grupos. Entre tanto, debemos recordar que una democracia moderna y madura se caracteriza por tener menos partidos, formados bajo inspiración de ideologías, doctrinas y valores. Las democracias más fuertes son generalmente bipartidistas.

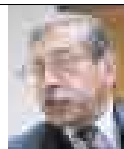
Otro requisito es el ejercicio constante de la democracia interna, precisamente para evitar el atornillamiento de líderes o caudillos que a veces creen que el partido es su chacra. Y, no menos importante, un partido que se precie de tal debe tener cuadros organizados, políticos y técnicos, pues se supone que su vocación de servicio al país puede convertirlos en opción de gobierno.

¿Cumplen estos requerimientos los partidos vigentes y los otros más de 100 que quieren ser reconocidos como tales? ■

GOBIERNO Y SOCIEDAD EN EL PAÍS DE LAS SEGUNIDAS OPORTUNIDADES

¿Quién tiene el poder?

Álvaro Rojas Samanez
Político



Cumpliendo un rito, cuyos efectos nadie deja de observar por más que se diga que no afecta ni genera cambio, las encuestas siguen midiendo la relación entre poder y sociedad. Su ámbito habitual es Lima, equivalente al tercio de la votación nacional. Eso permite una visión general limitada por el tamaño de la muestra.

Además del dato puntual que se aprueba, lo rechazable, etc.— la medición comprueba que el ejercicio del poder no solo es el más dinámico sino el de mayor observación y registro. Intervienen encuestadoras, medios de comunicación y algunos comentaristas persistentes y calificados. Con ello como soporte mediático efectivo y sin mecanismos partidarios reales, los ciudadanos aprenden cómo “medir” a los gobernantes y notificarles directamente sus opiniones.

La mayoría de la población intuye, cuando expone sus pre-

ferencias, algo que los políticos ignoran: la diferencia entre el resultado electoral y la legitimidad (de un mandato o de una persona). Sartori lo dice: “El ciudadano notifica su voluntad al gobernante, no al revés”.

¿Pero de qué se trata al hablar del poder? Una aceptación remite a la capacidad para influir sobre acciones y no sobre sentimientos. Es decir, dominar produciendo resultados (la ley, por ejemplo) que generan obligación para todos.

En política, expresión esencial “e irresistible” del poder, resulta imprescindible hablar de legitimidad. Especialmente cuando el ejercicio democrático, efectuado desde un ejercicio de igualdad —las elecciones—, produce resultados desiguales absolutamente legítimos y aceptados: las mayorías y las minorías.

Weber afirma que eso deviene en legítimo cuando un sector (la mayoría) “tiene la probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social” y ejerce el poder otorgado. El mismo derecho tienen las minorías para interpelar, fiscalizar, eventualmente censurar (en el ejerci-

cio parlamentario), si logran coordinar estrategias.

Eso explica por qué la estructura y el orden social existente es aceptado, o tolerado, por los sujetos y grupos que constituyen el “sistema” y posibilitan su vigencia: representa la base de la confianza, sin la cual la estructura social y sus instituciones no son capaces de mantenerse y crecer. Vale decir, ejercer el poder con aceptación plena. El fenómeno contrario —desconocimiento o rechazo— produce los efectos del antisistema, a veces encarnado en un personaje que no proviene del centro sino del lado marginal o periférico. En el Perú lo han encabezado personas tan disímiles como Belmont, Fujimori, Toledo y Humala (en orden cronológico).

La legitimidad se convierte en un proceso de responsabilidad compartida en base a dominadores y dominados. O, como dice Duverger, “Cuando actúa el conjunto de instituciones relativas a la autoridad (el poder)”.

En el Perú, donde además existen memorias ausentes y prodigiosas segundas oportunidades (dan fe Belaunde y Alan) también hay tendencia a estabilizar el poder, eligiendo la oferta que se mantiene en el centro. Lo demuestra el inteligente trabajo de Alberto Vergara, “Ni amnésicos ni irracionales”, de recomendable lectura.

En conclusión: legitimación es consentimiento libremente otorgado, mecanismo de participación vinculante, cuyo correlato es la rendición de cuentas y la capacidad de monitorear y vigilar conductas de quien tiene el poder.

Una capacidad que el ciudadano (por cierto, escasamente partidizado, pero altamente politizado) sabe utilizar con los gobernantes. ■

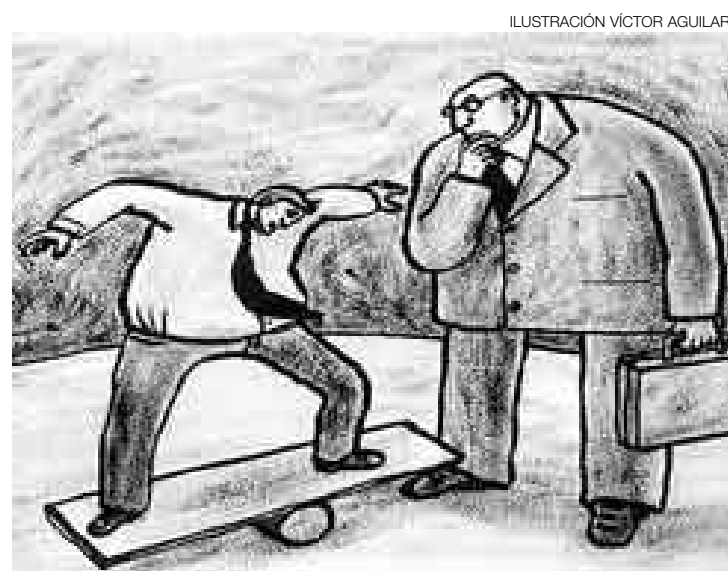


ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

HUMOR PROFANO

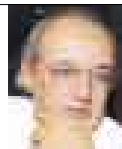
Por Molina



LA TENDENCIA CONFRONTACIONAL DE VENEZUELA

La fragmentación regional

Alejandro Deustua
Internacionalista



Como lo saben bien políticos y especuladores, un contexto de crisis es también uno de oportunidades. En un escenario de fragmentación regional y de desequilibrio global el aprovechamiento de las oportunidades dependerá de la intensidad de las fuerzas en pugna. Venezuela es un Estado que encabeza en la región una de esas tendencias sin encontrar aquí suficiente fuerza opositora.

En efecto, luego de apurar la quebra del consenso regional sobre la vigencia de la democracia representativa y de la economía de mercado, el gobierno de Chávez ha emprendido la organización de una alianza hostil (el ALBA) y ha quebrantado el potencial estabilizador de uno de los núcleos de cohesión regionales (el colombo-venezolano).

La más reciente muestra de su disposición agresiva se ha registrado en la última cumbre de esa alianza. Esa organización ha ganado mayor influencia en el Caribe (ya importante a través de Petrocaribe) con la lilliputiense incorporación de Dominica. Ello le permite desempeñar un rol quebrantador en la mancomunidad británica y asegurarse votos en la OEA frente a cual-

quier cuestionamiento.

Pero, además, la iniciativa chavista de constituir una fuerza armada “antiimperial” dominada por Venezuela es una innovación antihemisférica que no tiene precedentes en la región. Aunque ese proyecto no cuajó, ha sentado las bases para convalidar un mecanismo de seguridad colectiva que contraría la tarea interamericana de redefinir el TIAR y las agendas adoptadas en las reuniones de ejércitos americanos.

Complementariamente, la organización chavista ha establecido el Banco del ALBA que, aunque sin estatutos serios y con un capital menor, es la herramienta venezolana para incrementar su influencia en el Banco del Sur y en el inefable Unasur. Si algo faltaba para intentar el control de la frustrada integración sudamericana, he aquí un instrumento que lo permite con la anuencia explícitamente “anticapitalista” de Bolivia, Ecuador y Nicaragua y el testimonio participativo de “observadores” del Cono Sur.

Luego de esa demostración de acumulación de poder, Chávez escaló su lenguaje bélico amenazando con emplear, en plena crisis global, la carta petrolera en una supuesta “guerra económica” con EE.UU. que sobrevino la demanda interpuesta por Exxon.

El reclamo de compensaciones por la multinacional ha resultado

en un inédito pronunciamiento jurisdiccional de congelamiento nominal de activos de PDVSA por US\$12.000 millones. Ello pudiera haber mermado el ímpetu chavista, pero la duda pragmática no le ha impedido acosar a otras empresas extranjeras del sector alimentos.

Si esa tendencia se mantiene en un contexto económico menos favorable, esta indicará que la tendencia confrontacional de Venezuela perdura a pesar de los nuevos bríos que ha cobrado la transición cubana con la renuncia de Castro al liderazgo operativo del gobierno. En este escenario, Chávez quizás quiera aprovechar la oportunidad de heredar el rol del dictador cubano contrariando la progresiva y lenta inclinación por la reforma económica y política en Cuba.

Si Chávez no cambia de línea, este es el momento en que los estados latinoamericanos no subordinados a él debieran hacerle saber la urgencia de estabilidad y apertura en el área. Esa oportunidad, sin embargo, probablemente contraste con la actitud especulativa de potencias regionales que, sin estar alineadas con Chávez, lo protegen, agudizando la fragmentación regional.

Impedir que esa tendencia se imponga es un interés que los gobiernos que buscan mayor cooperación sudamericana y hemisférica deben afrontar con mayor decisión. ■

EL HABLA CULTA

Por Martha Hildebrandt

AJIACO. Es, en casi toda la América hispana, un guisado—o sopa—de carne, ají, papas y otros ingredientes. *Ajiaco* es un casi seguro derivado del taíno *ají*; se descarta, como étimo, el término castellano de origen latino *ajo*, bulbo que no entra en la composición del *ajiaco*. Y se descarta igualmente que el elemento final sea el sufijo castellano *-aco*, improductivo en la lengua desde antes del descubrimiento de América.

rincón del autor

Abelardo Sánchez León



Echadas, horas de horas, buscan su bronceado perfecto, sin que se convierta en el color cobrizo que reclaman como símbolo nacional los Humala

¡Qué tal bronce, cuñado!

El encanto de Lima es que está al pie del mar. La belleza del mar es inigualable, pero la brecha que existe entre el mar y la playa es enorme. La playa tiene, sin embargo, un estigma: los playeros serían unos pacharacos, unos frívolos o unos buenos para nada que se la pasan echados buscando el bronce perfecto y no les interesa el paro

agrario, las trifulcas turísticas en el Cusco, el tercio superior o el megajuicio a Fujimori. Los que pueden ir a la playa serían unos privilegiados, unos bacanes, unos hijitos de familia, que ni leen ni se enteran de los graves asuntos que angustian a la patria.

Uno podría argumentar y decir que ir a la playa es relativamente fácil, Lima queda en la costa, y que

no se trataría de una distracción cara. Podríamos decir que ir a la playa es una sana recreación natural, barata y agradable; el contacto con la naturaleza, el aire fresco, la luz del sol. Sin embargo, no lo es para el comentario de la gente: un buen bronceado cuesta un montón, significa que tienes tiempo, que gozas de los privilegios de un club, que tienes auto, y todo ello te dela-

ta como un miserable privilegiado. Qué envidia, qué lechero, qué suerdo. Estar bronceado te convierte, de pronto, en un insólito Carlitos Dogny o en un Frijol Diez Canseco, en un playboy de los de antes allá en el club Samoa. Porque para el pueblo ir a la playa es una aventura de los mil demonios.

De las chicas, ni qué decir... Echadas, horas de horas, buscan su bronceado perfecto, sin que se convierta en el color cobrizo que reclaman como símbolo nacional los Humala, un ‘bronce’ doradi-

to, más bien, o capulí, porque a la blanquita le gustaría, oh paradoja, tener un color mestizo como si fuese un sabroso pisco acholado. Los cobrizos, más bien, se quedarían debajo de la carpa para no pasar al negro definitivo, porque las que más se broncean en la playa son las pecositas y no las seguidoras de los Humala para que no se conviertan en carbonitos.

Las playas, sin embargo, han adquirido un significado vigoroso y democrático gracias a las chicas y chicos del surf: Máncora, Cabo

Blanco, Punta Hermosa, San Bartolo o Cerro Azul son sinónimo de encuentro y deporte, de juventud entre las olas y de una sana belleza donde todos los colores del arco iris se besan y vacilan, donde el bronceado es natural, como la brisa o la arena, donde no se delata una vida solo de discotecas, sino que es la playa de los pescadores, de los ambulantes, de los veraneantes y de la muchachada que se arroja al mar como si al sumergirse en la arena lo hicieran también en las entrañas de los Andes. ■